

EL CAPITALISMO ES INJUSTO*

FERNANDO ORGAMBIDES

Adolfo Sánchez Vázquez, catedrático de estética de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), nació en Algeciras (Cádiz) en 1915. Está considerado en México, donde reside desde 1939, como uno de los principales intelectuales del país, por su formación filosófica y por ser también uno de los mayores estudiosos contemporáneos del marxismo. Sánchez Vázquez llegó a México como exiliado de la Guerra civil española.

Es autor de numerosos trabajos, entre ellos *Las ideas estéticas de Marx* (1965), *Filosofía de la praxis* (1967), *Ciencia y revolución. (El marxismo de Althusser)* (1978), *Filosofía y economía en el joven Marx. Los manuscritos del 44* (1982) e *Invitación a la estética*, este último de reciente aparición. También ha escrito *Del exilio en México* (1990); es autor del libro de poemas *El pulso ardiendo* (1942), y tiene numerosos ensayos y trabajos publicados desde 1951 en revistas de pensamiento de Europa y América.

Adolfo Sánchez Vázquez tiene su corazón repartido entre España, donde nació y se formó política e intelectualmente, y México, donde se ha consagrado como pensador y enseñante. Es Sánchez Vázquez un filósofo excepcional porque, al contrario de otros contemporáneos suyos de Facultad que se han visto marcados por la influencia de Ortega, Zubiri, Gaos o García Morente, ingresó en la Universidad Central de Madrid con una conciencia ya hecha y cuando tenía sólo diecinueve años.

Corría el año 1935 y era entonces este profesor, considerado hoy como uno de los principales intelectuales residentes en México, un incipiente estudiante que había abrazado precozmente el marxismo

* *El País*. Madrid, 12 de septiembre de 1992.

en Málaga. Lo hizo quizás de una forma autodidacta en unos años en los que en España se vivía la efervescencia de la República con cierta pasión revolucionaria. Su paso después por la Universidad, fugaz porque su carrera fue interrumpida por la Guerra civil española, tenía como meta formarse, pero no transformarse.

Usted empezó muy pronto a codearse con la intelectualidad española de la época.

Mis inquietudes venían ya de mi época de estudiante en Málaga. Yo era, por un lado, militante de las Juventudes Comunistas y, por otro, solía frecuentar las tertulias de Emilio Prados, uno de los grandes de la Generación del 27, que desgraciadamente no ha sido suficientemente reconocido. Rafael Alberti, con quien después hice buena amistad, dirigía una revista que se llamaba *Octubre*, y a ella envié un romance, que apareció publicado en 1933. Todo esto me sirvió cuando me incorporé a la Facultad de Filosofía y Letras, en Madrid, dos años después. No sólo conocí a Ortega y a Gaos, que luego coincidió conmigo en el exilio en México, sino que comencé a acudir a tertulias literarias de jóvenes o ya consagrados escritores. Ahí entablé amistad con Miguel Hernández, José Herrera Petere y Arturo Serrano Plaja. También con Alberti, Neruda y Ramón J. Sender. En aquellos tiempos yo colaboraba en *Mundo Obrero*.

¿Dónde lo cogió la guerra?

En Málaga, porque estaba de vacaciones en casa de mis padres. Málaga duró sólo siete meses en manos de la República. Luego vino el terrible éxodo por la carretera costera hasta Almería, con los barcos de guerra bombardeándonos a ras de la tierra. Atrás se nos quedaban montones de cadáveres. Yo escribí un testimonio de este horror que publiqué luego en el volumen *Crónica de la Guerra civil*, que se editó en Valencia, con motivo del Congreso de Escritores Antifascistas.

La guerra interrumpió su formación pero usted siguió vinculado a los intelectuales republicanos.

En 1937 yo me desplacé de Valencia a Madrid. Ahí, por encargo de Santiago Carrillo, dirigí, con veintiún años, el periódico *Ahora*, órgano ya de las Juventudes Socialistas Unificadas. Tirábamos doscientos mil ejemplares, la mayoría destinados para los muchachos del frente. Creo que fui uno de los directores más jóvenes del mundo. Posteriormente me hice cargo de *Pasaremos*, el periódico de la Once División, y más tarde de *Acero*, el del Quinto Cuerpo de Ejército. Enrique Lister, que mandó estas dos unidades, me encargó como misión entrar en contacto con Antonio Machado, en aquellos tiempos en Valencia. Yo le llevaba obsequios, fundamentalmente alimentos, que le enviaban nuestras unidades. Un día, en agradecimiento, le compuso un soneto a Lister que anda publicado por ahí y que yo me encargué de entregárselo al destinatario. También mantuve una relación muy fluida con Miguel Hernández, pero distinta. Yo era su jefe en el periódico y le encargaba trabajos.

Luego vino el exilio mexicano.

Yo llegué en la primera expedición del *Sinaia*, que tocó el puerto de Veracruz el 13 de junio de 1939, después de dieciocho días infernales de navegación. Recuerdo que el poeta Juan Rejano, que viajaba conmigo, me identificó Veracruz con el Cádiz romántico del XIX. México me resultaba en cierto modo familiar porque en mi época de estudiante en Madrid, y después a lo largo de mi peregrinaje por España durante la guerra, entré en contacto con algunos intelectuales de este país. Al primero que conocí fue a Andrés Iduarte, un prestigioso profesor de literatura que asistió a un banquete que le dimos a Alberti en febrero de 1936. Curiosamente, ese día conocí también a Federico García Lorca. Lo mismo me ocurrió luego con Octavio Paz, Juan de la Cabada o David Alfaro Siqueiros, a quienes conocí, como director de *Ahora*, cuando viajaron a España al Congreso de Escritores Antifascistas.

En México volvió a encontrarse con una España culta.

México se benefició mucho del exilio español. Mejor dicho: nos beneficiamos mutuamente. Don José Gaos tenía que dar al principio

entre ocho y diez horas de clases diarias para poder sobrevivir, pero no de filosofía sino de cualquier materia. Otros intelectuales se convirtieron que reconvertir en comerciantes. Fue muy duro, pero a la vez no podíamos olvidar ese acto de generosidad que tuvo con nosotros el general Lázaro Cárdenas. Mi caso fue más complicado. Yo era muy joven, no tenía la carrera terminada y mi obra literaria era escasa. Creamos Juan Rejano y yo una revista literaria que llamamos *Romance*, como referente de nuestras inquietudes, pero me tuve que buscar la vida primero como traductor y después como profesor de filosofía en un antiguo colegio de Morelia, con tradición libertaria y del que había sido rector el cura Miguel Hidalgo, héroe de la Independencia mexicana. Fue una etapa en que fui profesor y alumno, porque tenía que terminar mi carrera y recuperar mi bagaje teórico. Al final, ya de vuelta a la ciudad de México, hice la maestría en Letras Españolas y luego completé mis estudios de filosofía, hasta alcanzar el doctorado. En los años cincuenta conocí, como profesor, lo que venía echando de menos desde mi etapa como universitario en Madrid: un filósofo marxista, en este caso Eli de Gortari. En 1952 fui ayudante de su cátedra de Lógica dialéctica.

¿Usted seguía perteneciendo al Partido Comunista?

Yo tuve discrepancias con la dirección encabezada por Santiago Carrillo y me aparté de mis actividades políticas —la agrupación de México era importante porque la integrábamos unos quinientos militantes, en su mayoría dirigentes de nivel medio—, para consagrarme a mis actividades teóricas. Seguí considerándome marxista, pero evolucionando hacia un marxismo crítico que entraba en contradicción con el dominante y oficial que llegaba de la entonces Unión Soviética. Fue cuando publiqué mi primer libro, *Las ideas estéticas de Marx*.

Hubo una ruptura, entonces.

Especialmente a raíz de las revelaciones que hizo Jruschov en aquel famoso XX Congreso del PCUS sobre las barbaries y crímenes de Stalin. También influyeron en mí, decisivamente, la invasión de Che-

coslovaquia y la propia Revolución cubana, que en sus primeros años implicaba una ruptura con un modelo ideológico establecido y dominante. Así fui llegando a la idea de que todas esas sociedades que se presentaban como socialistas en el fondo no lo eran. En ese sentido cada vez me fui afirmando más en la convicción de que el socialismo es indisociable de la democracia.

¿Por qué Cuba le marca una excepción?

La Revolución cubana, en sus primeros años, ni estuvo sujeta a una teoría marxista ni estaba dirigida por el Partido Comunista. Tenía un sentido nacional y liberador.

Pero eso duró poco.

Desgraciadamente, con el tiempo esa revolución volvió a encontrarse con ese marxismo que en los primeros años había rechazado.

¿Y qué opina usted de la Cuba actual?

Desde luego, ese tipo de socialismo o lo que se presenta como tal, me parece que cae dentro de las objeciones que yo desde hace años he venido haciendo al modelo del llamado socialismo real. Y aunque naturalmente haya matices y variantes entre lo que se ha hecho en Cuba y en la desaparecida URSS, en cierto modo responde al mismo modelo de socialismo real que yo he criticado y combatido. Ahora bien, en las circunstancias actuales me parece que, independientemente de que se esté de acuerdo o no con ese modelo, hay que estar, en primer lugar, frente a la política de bloqueo y agresión que los Estados Unidos desde hace treinta años están llevando a cabo contra Cuba y que representa un obstáculo decisivo para que en la isla se den los cambios que creo necesarios para la democratización de su vida económica, política y social.

¿A usted le ha sorprendido lo que ha pasado en el bloque socialista?

Aunque desde hace quince o veinte años una serie de sectores del

pensamiento socialista y marxista, entre los que yo me cuento, habíamos marcado nuestra distancia crítica con respecto a lo que estaba ahí sucediendo, no podíamos sospechar que los cambios se produjeran de un modo tan rápido, profundo e imprevisible. Yo había llegado a la conclusión, en mis últimos escritos, que ya no había ahí socialismo, sino una sociedad que estaba bloqueando el tránsito hacia un verdadero socialismo. Sinceramente, no veía posible esa transición. Por eso cuando se produjo la *perestroika*, se renovaron en mí las esperanzas en el sentido de que se abría la posibilidad de una verdadera sociedad socialista. Desgraciadamente, esto no ha sido así y nuestros cálculos y nuestras esperanzas han resultado erróneos. Han sido tan profundos los males del socialismo real que han desacreditado la idea misma del verdadero socialismo.

¿Qué piensa del fin de la bipolaridad?

En principio ha sido positivo porque ha traído como primer resultado ventajoso el alejamiento de esa amenaza terrible, a la que hemos estado sometidos durante cuarenta años, de un holocausto nuclear. Sin embargo, el que el fin de la bipolaridad dé lugar a una concentración del poderío mundial en una sola potencia, eso me parece negativo, y sobre todo para América Latina, que por razones geográficas va a ser la primera en pagar estas consecuencias.

Pero tendrá que haber alguna alternativa.

De hecho, esta concentración del poder en una sola potencia ya no se da en el terreno económico. Estamos asistiendo ahora a una multipolaridad. Hay que reconocer otros polos distintos al de Estados Unidos, como son Europa o Japón. Por tanto, esta transformación de reparto del poder económico tendrá también sus consecuencias en el terreno político. No hay que olvidar que esa potencia que se presenta como la sucesora de la ruptura de la bipolaridad está hoy en día acosada por problemas internos económicos que, naturalmente, pueden contribuir a debilitar esa hegemonía que se concentra obviamente en el terreno militar. Esto se puso de manifiesto en la guerra del golfo Pérsico, donde vimos que para triunfar militar-

mente Estados Unidos tuvo que pasar la bandeja a otras potencias en el terreno económico.

Hay quien afirma, como es el caso de Fukuyama, que la historia ha terminado.

La historia no ha llegado a su fin porque el capitalismo liberal haya demostrado que, con su victoria contra el nazismo y después contra el socialismo real, ya no tiene adversarios. Yo considero que el capitalismo actual, muy distinto del que conoció Marx hace siglo y medio, es un régimen injusto, pese a las ventajas y logros sociales que hayan podido obtener los trabajadores en todo este tiempo. Por lo tanto, mientras exista el capitalismo, sigue siendo necesaria una alternativa no capitalista que dé solución a los problemas de injusticia, desigualdad y explotación que este sistema, por su propia naturaleza, no puede resolver. Independientemente de que en este momento concreto este ideal, en cierto modo, haya sido desacreditado por las experiencias negativas de lo que se ha hecho en su nombre y no se den las condiciones o no haya fuerza para abanderarlo, el socialismo en su esencia es necesario y deseable. Y no sólo por razones políticas o económicas, sino también por razones incluso morales.